carnizados enemigos. — A principios de 1830 solicitó su vuelta á España, á la cual se oponia Calomarde. Se hallaba en Suiza cuando tuvo la primera noticia de las ordenanzas de Polignac, y escribió al rey Fernando una carta, en la cual pronosticaba la revolucion francesa, la subida de Luis Felipe al trono y cuanto después sucedió. — Cuando falleció el rey, el infante don Carlos y sus partidarios le ofrecieron todo género de mercedes y recompensas si se prestaba á servir su causa; pero ya hemos visto que Córdova era liberal en el fondo; sabemos tambien que en 1820, injustas persecuciones le habian obligado á abrazar la causa de la monarquía pura; y como por otra parte, antes de ir á Lisboa habia prometido servir con lealtad la causa de doña Isabel II á su augusta madre doña María Cristina, se negó obstinadamente á favorecer los planes de don Carlos y sus secuaces. — En 1833 solicitó el señor Córdova que se le permitiera abandonar la diplomacia mientras durase la guerra civil; y en efecto, fué destinado al ejército del Norte, al mismo tiempo que el general Rodil fué encargado de mandarle en jefe. En abril de 1835, y cuando las tropas de la reina salieron de Vitoria para la Borunda, Córdova mandó la vanguardia, y el dia 22 ganó la accion del puerto de Artaza, haciendo prodigios de valor: poco después y por medio de sus hábiles operaciones salvó tambien al brigadier Buren y 1,500 hombres que con él estaban sitiados en Abarruza por toda la faccion. De este modo terminaron sus señalados servicios como jefe de division. — Por encargo de Valdés, vino Córdova á Madrid para hacer presente al gobierno el estado del ejército. Hallábase en efecto en la corte cuando el general en jefe hubo de dejar el mando por falta de salud: la guerra se encrudecia y la faccion amenazaba á la invicta Bilbao. El gobierno pensaba en el nombramiento de Sardsfield para reemplazar á Valdés; pero aumentándose los conflictos y el desaliento, se dió á Córdova el mando interino. En pocas horas hizo su viaje al Norte; pero cuando llegó á Portugalete, supo ya que los rebeldes habian levantado el sitio de Bilbao. En esta plaza tomó el mando del ejército, y aunque al dia siguiente supo el nombramiento de Sardsfield, continuó las operaciones hasta que este general pudiera tomar el mando. Con los únicos 29 batallones de que podia disponer, salió de Bilbao, atacó al enemigo, desalojándolo y apoderándose de la célebre é inespugnable Peña de Orduña; los facciosos sitiaron á Puente la Reina, y el general después de levantar el bloqueo y abastecer á Vitoria, atravesó por Peñacerrada y socorrió la plaza. Dió fin á estas famosas operaciones con la célebre victoria de Mendigorría, de la cual no se sacaron todas las ventajas que debian esperarse por causas generalmente conocidas. Para la campaña de 1836 ofreció contener á los rebeldes en el Ebro, impedir sus espediciones, encerrarlos y bloquearlos en las montañas, conquistar toda la parte llana del país vascongado, reorganizar el ejército, mejorar su administracion y mantener las tropas en la disciplina; todo lo cumplió. Los carlistas intentaron apoderarse de San Sebastian; Córdova, que no pudo impedirlo directamente, determinó atacar la línea de Arlaban; y en este ataque fué donde se distinguió mucho é hizo prodigios de valor el general Narvaez al apoderarse de las posiciones enemigas. La pérdida de Balmaseda y de Plencia ocurrieron en aquella época; pero todos saben que de estos dos sucesos adversos no tuvo la culpa el general Córdova. En cambio el 7 de mayo obligó á Eguía, general en jefe carlista, á levantar el sitio de Bilbao precipitadamente, á pesar de que tenia á sus órdenes 27 batallones facciosos. Poco después, y como Mendizábal habia ofrecido concluir con todo el poder de don Carlos en el término de seis meses, el general Córdova encargó el mando del ejército á Espartero, y vino á la corte para desvanecer aquel error y las ilusiones que todos nos formábamos acerca de la guerra del Norte. — Promulgada la Constitucion de 1837, Córdova fué electo diputado y regresó á España á fines del mismo año. En el congreso dió pruebas de talento y vivacidad; pero no se distinguió como orador. Cayó el ministerio Ofalia, y la preponderancia del general Espartero en los actos del gobierno, no fué ya un secreto para nadie. Córdova se hallaba en Andalucía lo mismo que Narvaez, el cual, disuelto el ejército de reserva, habia ido al pueblo de su naturaleza. Entonces ocurrieron los sucesos de Sevilla de noviembre de 1838, en los que tomaron una parte entrambos generales, y que terminaron segun hemos esplicado en el artículo biográfico de don Manuel Cortina. Sofocado aquel levantamiento, Córdoba quiso presentarse á las Cortes, dar cuenta de su conducta y descorrer el velo que cegaba á muchos; pero no logró su deseo y se vió en la precision de huir al vecino reino de Portugal á principios de 1839 para librarse del consejo de guerra á que queria sujetarle Espartero, y cuyo resultado fatal nadie dudaba. En Lisboa permaneció muy querido y respetado por los portugueses mas ilustres, hasta el 29 de abril de 1840, dia en que agravados sus padecimientos con las penas de la proscripcion, le condujeron al sepulcro. Después ha sido conducido el cadáver de este ilustre general á la villa de Osuna, segun su voluntad testamentaria, y su familia ha erigido á su memoria un sencillo, pero elegante monumento.

FERNANDEZ DE GUADALUPE (PEDRO), pintor español. Residia en Sevilla á principios del siglo XVI trabajando en el adorno de su magnífica catedral. Pintó y retocó muchas de las estatuas que embellecen el cimborio y templo, contándose entre ellas la Cena del Señor, un escudo de armas para el retablo mayor, y el retablo antiguo de San Pablo.

FERNANDEZ DE LAREDO (DON JUAN), pintor español, y uno de los mejores tempplistas de su época en Madrid, donde nació el año 1632. Fué discípulo de Francisco Rizi, á quien ayudó en las obras que dirigia en el teatro del Buen Retiro; y por su habilidad logró los honores de pintor de cámara de Carlos II en 24 de enero de 1687. Muerto su maestro, le sustituyó en la direccion de aquel teatro con gran inteligencia en la perspectiva; y pintó monumentos para algunas iglesias de Madrid, donde falleció desgraciadamente el año 1692.

FERNANDEZ DEL MORAL (LESMES), platero, yerno y discípulo de Juan de Arfe Villafañe. Ademas de otras obras que hizo este artista, ayudó á su maestro á trabajar en la custodia de plata de la catedral de Osma, y en la que se conserva en la hermandad del Santísimo de la parroquia de San Martin en Madrid. Ocupó tambien interinamente la plaza de ensayador mayor de la casa de moneda de Segovia el año 1596, durante la ausencia de Arfe.

FERNANDEZ DE AVELLANEDA (ALFONSO). Véase AVELLANEDA Y CERVANTES.

FERNANDEZ (JUAN), navegante portugués, fué empleado en la espedicion enviada por el infante don Enrique, en 1446, para esplorar las costas de África, y que dirigió Antonio Gonzalez. Hecho prisionero por los moros del Sahara, vecinos del Rio-de-Oro, Fernandez fué el primer viajero europeo que penetró en aquellas tierras salvajes. A su regreso, dió á conocer las costumbres de las tribus bárbaras en las relaciones recogidas por los historiadores portugueses. En 1448 emprendió su segundo viaje, y quiso penetrar mas al interior del país; pero fué abandonado por sus compañeros y no volvió á aparecer.

FERNANDEZ (DIONISIO), navegante portugués, que descubrió en 1445 la embocadura del Senegal y el Cabo Verde.

FERNANDEZ (ÁLVARO), navegante portugués, conocido sobre todo por la relacion del naufragio del galeon el *Gran San Juan* que ocurrió en 1552, cerca de las costas de Natal y del Monomotapá, y del cual tuvo la dicha de salvarse. La relacion de este naufragio, cuyo mayor interés está en el fin trágico del capitan Manuel de Souza y de su familia, fué publicada en Lisboa, en 1554. Esmerando ha hecho de este funesto acontecimiento uno de los mas interesantes episodios de su poema de la navegacion.

FERNANDEZ (DOÑA BEATRIZ), una de las varias amigas que tuvo el rey de Castilla y de Leon don Enrique II. Se hizo célebre por su estraordinaria hermosura, y tuvo de aquel monarca dos hijos; doña María, primera señora de Villafranca, y don Hernando, á quien don Enrique nombra en su testamento. Nos ha parecido oportuno hacer estas indicaciones respecto de doña Beatriz Fernandez, para que no se la confunda con doña Beatriz Ponce de Leon, tambien amiga de aquel rey.

FERNANDO, nombre derivado del aleman *verdienen* merecer, nombre que han tenido muchos emperadores de Alemania, reyes de España, de Nápoles, de Sicilia, etc.

1°. ALEMANIA.

FERNANDO I, emperador de Alemania, hermano segundo de Carlos V, nació en Alcalá de Henares (Castilla la Nueva) en 1503, murió en Viena en 1564; fué rey de Bohemia en 1526, después de la muerte de Luis, con cuya hermana habia casado; fué elegido rey de los Romanos en 1531, y sucedió como emperador á Carlos V, después de la abdicacion de este príncipe, en 1556. El papa Paulo IV se negó á reconocer á Fernando por jefe del imperio, bajo el pretesto que no habia intervenido la Santa Sede, ni en su eleccion, ni en la abdicacion de Carlos V. Fernando protestó contra esta pretension, y desde este tiempo, los emperadores han cesado de pedir la confirmacion del papa. El reinado de este príncipe fué pacífico, y sus últimos años los consagró á reconciliar á los protestantes con los católicos.

FERNANDO II, emperador de Alemania, nieto del precedente, nació en 1578, fué coronado rey de Bohemia en 1617 y emperador en 1619, y tuvo por competidor al elector palatino, Federico V, que sublevó contra él á los protestantes, dando orígen á la famosa guerra de los treinta años. Habiendo sido batido en Praga (1620) el elector Federico, fué despojado de sus estados; Cristiano IV, rey de Dinamarca, que le sucedió como defensor de los protestantes (1625-29), fué batido en Lutter, 1626, y firmó la paz de Lubeck, 1629; los generales de Fernando fueron á su vez derrotados por Gustavo Adolfo, en Leipsick (1631), y en Lutzen (1632); sin embargo habiendo logrado el emperador rehacerse en Nordlingen (1634), pudo celebrar con algunos de sus enemigos acomodamientos ventajosos. Murió poco despues, en 1637. Los generales de este príncipe fueron Maximiliano de Baviera, Tilly y Wallenstein.

FERNANDO III, emperador de Alemania, hijo del precedente, nació en Gretz, en 1608, murió en 1657; fué coronado rey de Bohemia en 1625, de Hungría en 1627, y sucedió á su padre en 1637. Tuvo que combatir á la vez á los Suecos y á los Franceses sus aliados, en la guerra de treinta años, que habia empezado su padre; pero encontró adversarios demasiado temibles en los generales de las dos naciones, Banè y el gran Condé, y se vió obligado á firmar en 1648 el tratado de paz de Westfalia, que concedió la libertad de conciencia á Alemania, dejó la Pomerania á la Suecia, y aseguró á la Francia la Alsacia, y los tres obispados de Toul, Metz y Verdun. Su hijo Fernando habia sido nombrado en vida de aquel monarca rey de los Romanos, bajo el nombre de Fernando IV; pero este murió en 1654.

2°. ESPAÑA (CASTILLA, LEON, ARAGON, etc.).

FERNANDO I, vigésimosegundo rey de Leon y de Castilla, subió al trono con su mujer doña Sancha, que prometia un reinado feliz, en 1037: llamáronle *el Grande*, y efectivamente nadie mejor que él merecia este sobrenombre. El valor, el celo por la cristiandad y el mágnanimo corazon de que estaba dotado esta monarca, unido á la afabilidad y prudencia de su esposa, eran prendas demasiado raras y apreciables para que no se ganara la voluntad de sus súbditos. El primer cuidado de Fernando fué librar á la España del yugo de los Sarracenos, como lo verificó cuando quisieron invadir la Galicia, derrotándolos hasta conseguir una victoria completa, apoderándose ademas de cuantas plazas ocupaban los infieles entre el Tajo y el Duero. En esta época principió á darse á conocer el famoso Rodrigo de Vivar llamado el Cid (véase su artículo). Las conquistas de los Castellanos amedrentaron de tal modo á los Moros de Córdoba, que por último se vieron obligados á pedir al rey de Toledo que invadiese las Castillas. Fernando, que descubrió la intencion de los enemigos, les salió al encuentro, los embistió y derrotó, y de aquí nacieron nuevas conquistas. San Estéban de Gormaz y Talamanca, Uceda y Guadalajara, Alcalá de Henares y Madrid cayeron en su poder. Se habria apoderado tambien de Toledo, si el rey moro, conociendo que no habia fuerza que pudiese contener las rápidas conquistas de Fernando, no hubiese tratado de conjurar la tempestad que tan de cerca le amenazaba; y á este fin solicitó una paz que puso el reino de Toledo bajo fendo del ínclito rey don Fernando. Este monarca no tardó en conocer que solo podia contar con la palabra de los Moros, mientras carecian de medios de defensa. Entonces trató de continuar sus conquistas; y lo hubiera verificado si no le hubiera impedido una grave enfermedad de su hermano el rey de Navarra: Fernando pasó á visitarle con sola la escolta que juzgó necesaria para la seguridad del camino; pero don García, que miraba con celos la prosperidad de su hermano, y viendo una ocasion tan oportuna para satisfacer su ambicion, trató de apoderarse de su persona y obligarle á un nuevo tratado de division y repartimiento de sus estados: mas el rey de Castilla recibió la noticia á tiempo, y evitó las asechanzas del ingrato don García. Cuando este vió frustradas sus esperanzas, y restablecido ya de su enfermedad, pasó en persona á la corte de Castilla, fingiendo sinceridad; pero Fernando lo conoció y mandó arrestarle en una cárcel de donde se fugó á sus estados, sobornando á sus carceleros. Animado del deseo de la venganza, juntó al punto sus mejores tropas, invadió la Castilla y fué á acamparse á media legua del ejército castellano en un valle al pié de los montes de Oca, entre Burgos y las corrientes del Ebro: ambos ejércitos estaban dispuestos á romper las hostilidades, cuando un piadoso abad trató de reconciliar á los dos hermanos. Fernando cedió á las primeras insinuaciones; pero don García, mas obstinado que nunca, no hizo caso de los esfuerzos de este santo varon, y se determinó á embestir al ejército castellano. Arrojándose, pues, contra las tropas de su adversario, derrotó y arrolló cuanto se le puso por delante, y al descubrir á su hermano entre las filas de los Castellanos, se lanzó sobre él como una fiera para conseguir el bárbaro placer de la venganza, y efectivamente se hubiera vengado, si un caballero navarro no le hubiese atravesado con su lanza. Muerto el rey, perdieron los Navarros la batalla y se pusieron en desordenada fuga. Concluida aquella célebre accion pasó don Fernando á ceñir la corona al hijo de don García. Entretanto los Moros, que miraban estas disensiones como buen agüero para sus conquistas, se habian negado á pagar el tributo á la corona de Castilla y aun trataban de inundar sus campos con numerosas huestes; don Fernando, que era ya de avanzada edad, no se determinaba á emprender nuevamente la guerra que consideraba desastrosa para sus pueblos, á quienes era preciso agobiar con nuevas contribuciones; pero entonces doña Sancha desprendiéndose de todas sus joyas, y empeñando sus rentas, levantó un poderoso ejército, con el que don Fernando olvidó su vejez y venció á los Moros. Asegurada ya la paz en sus estados, se dedicó á la reforma del clero y de las costumbres, mandó construir varios templos y hermoseó sus pueblos; por último, conociendo que se acercaba al término de la vida, trató de repartir sus estados entre sus hijos. El consejo se oponia, pero don Fernando firme en su resolucion, señaló á don Sancho, su hijo primogénito, el reino de Castilla, á don Alfonso el de Leon, á don García el de Galicia, nombró á doña Urraca señora soberana de Zamora, y concedió á doña Elvira el señorío de Toro con la misma soberanía. Esta distribucion fué causa de muchas discordias, como se verá en los artículos de los personajes que dejamos citados. Arreglados todos sus negocios, solo trató don Fernando de encomendarse á Dios y aguardar una muerte dichosa. Hízose llevar vestido de las insignias reales al templo donde se hallaban depositadas las reliquias de san Isidoro, y hallándose allí prorumpió en esta tierna y piadosa oracion: « Vos, Señor, sois el único á quien pertenece el poder, y vos solo sois á quien toca reinar eternamente: vos sois el Rey de los reyes, y todo está sujeto á vuestro imperio. Aquí os restituyo, Señor, el reino que me habeis encomendado; no quiero otro premio que implorar vuestra clemencia para que me admitais en vuestra gracia. » Se despojó luego de las insignias reales, y vestido de un cilicio volvió á su palacio, donde echado en una humilde cama, cubierta de ceniza, recibió la Estrema-Uncion, y acabó sus dias con general sentimiento de los Castellanos.

FERNANDO II, rey de Leon, hijo del emperador don Alfonso VII, y de doña Berenguela, hija del conde de Barcelona don Ramon Berenguer, fué nombrado rey de Leon al mismo tiempo que don Sancho III, su hermano, entró á reinar en Castilla. La costumbre que tenian los reyes de aquellos tiempos de distribuir sus estados entre todos los hijos era causa de turbulencias, de las que por desgracia no se vió exento el reinado de don Fernando, si bien este monarca supo disiparlas con su generosidad y su prudencia. Cuando murió don Sancho levantóse una guerra civil en el reino de Castilla entre dos familias poderosas, los Laras y los Castros, que se disputaban la regencia del reino durante la menor edad del rey. Don Fernando, que preveia los efectos de quellos desórdenes, marchó inmediatamente sobre Castilla, disipó las facciones y se declaró regente de la corona después de haberse apoderado de muchas plazas que gobernó con sabiduría y desinterés; de modo que los habitantes no tuvieron lugar de arrepentirse de la dominacion de don Fernando. Luego que don Alfonso VIII, que se habia retirado con la familia de los Laras, se consideró apto para el gobierno de sus estados, entró á poseerlos, y don Fernando se retiró á su reino, consagrándose solo á la felicidad de sus súbditos y á engrandecer y asegurar sus estados. Ganó á los Moros muchas plazas, y reedificó otras, entre ellas Ciudad-Rodrigo, llamada así por el caballero Rodrigo Diaz de Vivar. Mientras don Fernando mandaba fortificar esta ciudad para impedir cualquiera incursion por parte de los Portugueses, don Alfonso, rey de Portugal, marchó con un gran ejército contra aquella plaza y la sitió; pero habiendo acudido á su socorro el monarca de Leon, logró derrotar al Portugués; quien para reparar este descalabro, juntó nuevas tropas, invadió la Galicia, se apoderó de varias plazas y cayó sobre Badajoz. Salióle don Fernando al encuentro, y trabándose una encarnizada lucha, quedaron otra vez derrotados los Portugueses y su rey gravemente herido y prisionero. Luego que se restableció, le devolvió don Fernando su libertad, y aunque quiso declararse su feudatario, no lo consintió en manera alguna, contentándose

con que le devolviese las plazas que le habia tomado en Galicia. Algun tiempo después consiguieron los Moros algunas ventajas en el reino de Portugal, viéndose don Alfonso próximo á caer en su poder; pero marchando don Fernando á su socorro, derrotó á los Moros y tuvo segunda vez la satisfaccion de volver el trono á su suegro don Alfonso. Unidos ambos reyes continuaron la guerra con ventaja, y los Moros viéndose perdidos pidieron auxilio á Juceph, rey de Marruecos, que acudió con un ejército numeroso; pero unidas las huestes de Leon, Galicia y Portugal, lograron ponerle en fuga con gran pérdida de los suyos. Rencoroso y vengativo el rey moro degolló entonces mas de diez mil mujeres y niños que tenia cautivos: esta inaudita crueldad infundió tal indignacion en don Fernando y su suegro, que precipitando la marcha, lograron alcanzar al enemigo y vengar tal perfidia derrotándole nuevamente. Juceph murió, los Mahometanos abandonaron su empresa, y los dos monarcas se retiraron victoriosos. Por este tiempo cayó enfermo don Fernando y murió en Benavente en 21 de enero de 1188 á los 34 años de su reinado; dejando un hijo de su primera mujer doña Urraca, llamado don Alfonso que le sucedió á la edad de 16 años, y otros dos llamados don Sancho y don García de la tercera mujer, doña Urraca de Haro, que le sobrevivió.

FERNANDO III (SAN), hijo de don Alfonso IX, rey de Leon y de doña Berenguela, hija del rey de Castilla don Alfonso VIII. Nació en 1199, en un monte entre Zamora y Salamanca, por lo cual le llama un cronicon coetáneo el Montesino. Gil de Zamora le llamaba en sus escritos el Montano ó el Montañés. Separada su madre de su marido por disposicion del papa Inocencio III, quedó el jóven Fernando con su padre, hasta que habiendo fallecido Alfonso VIII y Enrique I, su sucesor, y quedando doña Berenguela dueña del reino de Castilla, esta llamó á su hijo bajo pretesto de verle y le cedió el cetro proclamándole rey en 1217 con general aplauso de los Castellanos. Las discordias que de este hecho se promovieron entre marido y mujer supo doña Berenguela apaciguarlas, asegurando á su hijo un reinado pacífico y glorioso. En 1220 se desposó don Fernando con doña Beatriz, hija de Felipe, emperador de Alemania, y desde entonces todo el cuidado de su madre se dirigió á inclinarle á la continuacion de la guerra contra los Sarracenos. Aliado el monarca de Castilla al de Aragon, principió aquella afortunada lucha que tanta gloria dió á ambos reyes, y tanto aumentó su poder. Los dos monarcas eran jóvenes, valientes y entusiastas de la religion. Arreglados todos los preparativos, penetró don Fernando en Andalucía y en breve logró reducir al rey moro de Baeza, que se rindió con todos sus estados; Quesada fué tomada por asalto y su guarnicion pasada á cuchillo. El rey de Cuenca se sometió como vasallo al jóven conquistador; sitiada la ciudad de Fuci le abrió las puertas con muy poca resistencia, y como acaeciese esta célebre accion el dia de Santa Marta, edificó don Fernando un templo en honor de esta santa, y por este motivo desde entonces aquella ciudad se llamó Martos. Jodar hizo lo mismo; Priegue y Loja fueron tomados por asalto; los Moros atemorizados abandonaron la Alhambra de Granada, y como el rey se viese perdido procuró la paz á costa de grandes cantidades, y dando libertad á 4,500 cristianos, que gemian en duro cautiverio; por último la toma de Montijo y la de Capilla en Estremadura acabó de llenar de gloria la primera campaña de nuestro santo rey. Es de advertir que los soldados que quedaron de guarnicion se abandonaron al pillaje y dieron una batalla al rey de Sevilla que le costó 20,000 hombres. Murió en este intermedio el rey don Alfonso IX de Leon, y Fernando interrumpió sus conquistas por ir á tomar posesion de aquel reino, quedando de este modo la corona de Castilla unida á la de Leon, y aumentados considerablemente sus ejércitos. Con la adquisicion de estos nuevos estados pudo derrotar las innumerables fuerzas de un rey moro que, llegando nuevamente de África, habia logrado casi rendir toda la morisma española. En efecto Fernando tomó á Úbeda y solo pensaba ya en tomar á Córdoba, como lo consiguió, después de una sangrienta lucha, en la que perdidos los Moros tuvieron que capitular dejando la plaza en poder del vencedor; entonces fué cuando se vió á un rey cristiano ocupar el palacio del grande Abderrámen, tres siglos después de haberle construido. Por esta célebre accion convirtió en iglesia la gran mezquita, que es una obra maestra de la arquitectura morisca. No debe pasarse en silencio que las campanas de Compostela que Almanzor habia hecho llevar desde Galicia en honbros de los cristianos, Fernando hizo que las devolviesen los Moros del mismo modo á Galicia. Pobló luego la ciudad de cristianos, y añadió desde entonces á los títulos de rey de Castilla y de Leon los de Córdoba y Baeza. Acometido el rey Fernando de una enfermedad dió el mando de sus tropas á su hijo primogénito; y el rey moro de Murcia, temeroso de las conquistas de Fernando, entró en negociaciones de paz y entregó todos sus estados con solo la reserva del título de rey, la mitad de las rentas y la proteccion de Castilla contra el rey moro de Granada, que con su poder tenia turbados y atemorizados á los demás reyezuelos de África. Don Alfonso, que aceptó la oferta, pasó inmediatamente á tomar posesion del reino de Murcia; y Lorca, Mula y Cartagena, únicas ciudades que se resistieron, fueron tomadas por asalto en 1242. Mientras tanto, habiéndose restablecido don Fernando de su grave enfermedad, hizo un reconocimiento sobre Granada; salióle al encuentro el ejército agareno, dióle el rey de Castilla una batalla bajo los muros de aquella plaza y le derrotó. Conocia don Fernando que tenia pocas fuerzas para ganar la ciudad y adoptó el partido de retirarse; mas luego se dejó caer sobre Jaen y la rindió en pocos dias. Este feliz éxito le proporcionó la entrada en Granada, capitulando y haciéndose tributario suyo el rey moro. El vencedor dirigió entonces sus armas sobre Sevilla: dos años se emplearon en reunir los preparativos para el ataque, y 16 meses después logró tambien que la ciudad capitulase. Concluida ya la guerra, se dedicó don Fernando á restablecer la religion cristiana en las provincias conquistadas; erigió obispados y mandó construir magníficos templos, dejando de este modo eternizadas sus hazañas. Mas no pararon aquí sus conquistas: supo que san Luis, rey de Francia, su primo hermano, iba á hacer la guerra en Egipto á los infieles, juntó don Fernando una poderosa escuadra y determinó hacer un desembarco en Marruecos y conquistar aquel imperio, para quitar por este medio á los Moros toda esperanza de volver á incomodar la España; pero no pudo ver realizada esta laudable espedicion, porque la muerte le sorprendió el 30 de mayo de 1252. San Fernando tuvo diez hijos, de los cuales le sucedió el primogénito, llamado Alfonso X ó el Sabio. Fernando III y san Luis fueron dos monarcas que rivalizaron en virtudes. Ambos supieron sostener con dignidad el alto puesto en que los habia colocado la Providencia. Fernando mandó reunir todas las leyes de sus predecesores en un solo código regular, conocido con el nombre de las Partidas, á cuya obra dió la última mano Alfonso el Sabio. Tambien mandó traducir en idioma vulgar el cuerpo de leyes que los Moros seguian en Córdoba. Se le considera como el fundador de la universidad de Salamanca, á la cual señaló grandes rentas. Clemente X puso en el número de los santos á este príncipe. La historia de su reinado hasta 1243, escrita por su ministro don Rodrigo Gimenez, arzobispo de Toledo, se publicó con el título de *Crónica del santo rey don Fernando III, sacada de la iglesia de Sevilla*, Sevilla, 1516, y Medina del Campo, 1557, en folio.

FERNANDO IV, hijo de Sancho IV y de la célebre doña María de Molina, nació en Sevilla el año de 1285, y á los diez de edad fué llamado á suceder á su padre, que al morir presintió demasiado las desgracias que iban á sobrevenir. No tardaron en realizarse estos tristes presentimientos, porque apenas cundió la noticia del fallecimiento de don Sancho, cuando salieron á plaza todos los partidos. Proclamado el nuevo rey, no hubo fraccion que no tremolara una enseña: el traidor don Juan, señor de Vizcaya, desde Trastamara se declaró y empezó á nombrarse rey de Andalucía, proclamado por una horda de moriscos que atrajo á su bando con la esperanza de un colmado botin; se introdujo mas adelante en Estremadura y Leon, cuyos pueblos recorria, disponiéndolos á su favor y haciendo valer las cartas y proteccion del rey Dionisio de Portugal, que tambien pretendia ensanchar las fronteras de su reino, hasta que otorgadas que le fueron varias concesiones, abandonó la causa de don Juan, que hubo de llegar tambien á términos de avenencia. Por otra parte los infantes de la Cerda pretendian apoderarse de la corona, apoyados como siempre por Francia y Aragon, y prevalidos de las amenazas que para conseguir sus privados intentos hacian los sublevados de Vizcaya, y fué menester la prudencia suma, el esquisito tacto de la reina madre para atajar por entonces la tempestad que por todos lados amenazaba. Queda dicho que los sublevados de Vizcaya amenazaban proteger las pretensiones de don Alonso de la Cerda, que se hallaba á la sazon en Navarra, si no se les otorgaba lo que pedian. Reducíase esto á que se cediese el señorío de dicha provincia á don Diego de Haro, con el que habian hecho causa comun los poderosos hermanos don Juan y don Nuño de Lara, faltando á la noble confianza que en ellos depositara el rey don Sancho al encargarles la guarda de su esposa é hijo. Mediaron para aquietarlos, enviados por la reina, el maestre de Calatrava y algunos otros sugetos, y aun cuando estériles y

desgraciadas al principio las negociaciones, se procuró al fin un acomodamiento, merced á la prudencia de la gobernadora. Habia arribado poco tiempo antes á España el anciano infante don Enrique, hermano de don Alonso el Sabio, que turbulento é intrigante en cuantas partes se habia hallado, venia de Italia, donde senador de Roma gibelino, y prisionero al fin en la batalla de Tagliacozzo, tan fatal á Coradino, en parte alguna habia subsistido, y allí como en Aragon y Túnez hubo de ser repelido y desenmascarado. Los años lejos de corregir su ambicion y domehar sus pasiones, le habian privado del valor, única dote personal que tenia, y aumentado su insaciable codicia. Habiéndose acordado en Córtes darle parte en el gobierno, para que el peso de sus años diese aplomo y buena direccion á los actos de la reina, surgió en su ánimo el pensamiento de apoderarse esclusivamente de las riendas del Estado y no hubo género de intriga que no pusiese en juego para conseguirlo, ni vileza que no cometiera. Tratando á la vez con los enemigos todos de Castilla, y engañando á un tiempo á la reina, á las Córtes, á los monarcas de Portugal y de Granada, á los grandes sediciosos y á los Cerdas, fué respectivamente vendiéndolos, según que á su interés particular cuadraba. No era á propósito semejante hombre para secundar los planes de la reina doña María, ni menos para procurar la avenencia entre tantos partidos y banderías encontradas; así es que apenas habia un momento de calma, cuando mayores y mas recios vendabales venian á sacudir la combatida y mal segura nave del Estado. Contento el infante don Juan, que se convino á volver al servicio del rey, con que se le restituyesen los estados que le pertenecian en el reino de Leon; apaciguada á fuerza de oro y mercedes la incansable turbulencia de los Haros y los Laras; satisfechos los deseos del de Portugal, hallándose sin apoyo y partidarios el de la Cerda, y cumplido en gran parte el objeto de don Enrique acerca de la gobernacion del reino, parecia que la tranquilidad estaba asegurada y que seria duradera la paz; mas no sucedió así. Guzman defendia la Andalucía, cual prometió al rey don Sancho, y tenia á raya por este punto las agresiones de Portugal y los desmanes é intentonas de los Moros de Granada, á quienes hostilizaba con vigor; pero en las demás partes de la monarquía cundia el espíritu de rebelion. El infante don Juan, cuyo elemento era el desorden, y que nunca supo guardar el sagrado de una palabra, volvió á entregarse á sus proyectos ambiciosos, é ingrato y desleal para con la reina, á quien debia la vida y mercedes sin fin, hizo causa comun con los Laras y los Cerdas. Habiéndose captado otra vez el apoyo del veleidoso rey de Portugal, del Aragon, Francia y Granada, formaron una alianza que á nada menos tendia que á conquistar y repartirse los reinos de Leon y de Castilla. Con tan formidable liga parecia que no quedaba la esperanza de salvamento para la causa del rey, que á mas de haber de resistir los esfuerzos armados de sus contrarios, tenia que luchar contra la superstición; pero la Providencia velaba por don Fernando, y nada pueden los mortales contra los inescrutables juicios de Dios. Era pretesto de la nueva rebelion y liga contra don Fernando el suponer que el matrimonio de sus padres habia sido nulo, y él por lo tanto hijo incestuoso y bastardo, incapaz de suceder en la corona. Fundábase este aserto en que doña María de Molina, con quien bien á despecho de su padre se habia casado en 1281 don Sancho, era prima carnal de aquel, como hija del infante don Alfonso, hermano del rey Fernando III el Santo, y tia por lo tanto del mismo don Sancho, por cuya razon no podia haber contraido con él bodas sin preceder la dispensa pontificia que no se solicitó. El religioso temor que en aquella época se tenia á la autoridad del papa, así despreciada en tal enlace, no pudo menos de servir grandemente la causa de los coligados, que se hicieron con ocasion de él muchos partidarios. Fuertes de 50,000 hombres y bajo la conducta de don Alonso de la Cerda y el infante don Pedro, entraron por Monteagudo, Almazan y San Estéban de Gormaz, haciendo suyo todo el país que atravesaban, y reunidos en Baltanas con las fuerzas aduadas por el infante don Juan y los Laras, asolaron las tierras y pueblos de Castilla hasta la ciudad de Leon, donde en cumplimiento de lo pactado, alzaron á don Juan por rey de Castilla, Leon y Sevilla, y volvieron sobre Castilla. Hacíase dueño por este tiempo el rey de Portugal, que entró por Ciudad-Rodrigo y Salamanca, de todas las plazas limítrofes; Mohamed, el de Granada, invadia con furor la Andalucía, y ocupaba toda Murcia el de Aragon. Empezada la guerra con tan favorables auspicios, todo presagiaba un triunfo seguro y fácil á los coligados que siguiendo sobre Sahagun alzaron pendones por don Alonso de la Cerda, aclamándole rey de Castilla, de Toledo, de Córdoba y Jaen; mas como para que semejante título no fuese ilusorio era preciso enseñorearse de estos reinos, pensaron apoderarse de Burgos, como centro principal; aquí fué donde el favor de la Providencia principió á demostrarse en pro del desvalido rey, porque la misma ambicion de conseguir que antes abrigaba cada uno de los aliados, convirtiéndose en deseos de retener lo conseguido, fué causa de que el infante don Juan, que se veia ya en Leon y aclamado rey de Galicia, se resfriase en la empresa y no coadyuvase á ella mas que con tibio ardor. Si antes que nadie se opuso á marchar sobre Burgos para secundar los deseos de la Cerda, y oponiendo dilaciones y pretestos, todo lo que pudo obtenerse de él, fué que cayese con el ejército aliado sobre Mayorga, cuyo cerco se estableció. Pero fuertes los baluartes y decididos los defensores que la custodiaban con provision bastante de víveres y pertrechos, que escaseaban cada vez mas y mas en el real de los sitiadores, fué el escollo donde se estrellaron los planes de estos, dando lugar á que la política gobernadora sacase partido de los elementos de desunion, que entre tan heterogéneas y distintas parcialidades empezaban á crecer. Consiguió la reina hacerse suyo al poderoso don Diego de Haro, á quien otorgó los estados del rebelde don Juan de Lara para que los uniese al señorío de Vizcaya; hizo merced de los Cameros á don Juan Alonso de Haro que los pretendia; impetró del papa la bula de dispensacion de parentesco que tenia con don Sancho al contraer su enlace, y la de legitimacion de este modo de su hijo; volvió á agitar las negociaciones abandonadas sobre el casamiento de don Fernando con doña Constanza, hija del rey de Portugal; se aprovechó de la ocupacion del de Aragon á invitacion del papa en la guerra de Sicilia, y convocó las Córtes del reino para Valladolid. Así las cosas y siendo inútiles los esfuerzos de los coligados para apoderarse de Mayorga, hubieron de abandonar el cerco apresuradamente á impulsos de la desoladora peste, que por el escesivo calor del verano y la penuria de vitualas que se sentia en el ejército, empezó á hacer horribles estragos en sus filas. Entregáronse al paso á todos los escesos de una horda indisciplinada, saqueando los pueblos de Villagarcía, Tordesillas, Medina de Rioseco, la Mota y otros; mas con esto y con la muerte de don Pedro, que tenia el mando, quedó disuelta de hecho la temible liga que amagaba la destruccion del reino y el triunfo de la usurpacion. Los inmensos gastos que la defensa del país habia originado, y los que para captarse parciales, satisfacer ofertas hechas á los grandes y pagar los derechos de la curia romana, se necesitaban todavía hacer, obligaron á la reina á pedir arbitrios á las Córtes ya reunidas en Valladolid en 1301, por las que le fueron otorgados; pero habiendo absorbido gran parte de los fondos las exigencias del infante don Juan, que á fuerza de oro renunció sus presuntos derechos á los estados de Leon, y volvió al servicio del rey, y la codicia insaciable de don Enrique que se apoderó del resto, pretestando serle necesario para fortificar la frontera, hubo de renovar la reina su pedido en 1302 á las Córtes de Burgos, con cuyo auxilio cubrió sus compromisos, obtuvo las bulas de legitimacion y dispensa, y procedió á realizar el matrimonio del rey con la infanta de Portugal, que se efectuó en Valladolid, haciendo así cesar todo pretesto ulterior para la continuacion de las revueltas que promovió la liga. Ya á la sazon habia caido en harto descrédito el infante don Enrique por su indisculpable apatía en acudir al socorro de Mayorga, murmurábase de sus actos, y fué tal el descontento que contra él cundia, que se vió precisado á acudir personalmente á Andalucía para dar ayuda á Guzman, que á duras penas podia ya entrenar los alardes de los Moros. Entonces y en la batalla de Arjona debió la vida al valor y serenidad de este caudillo, que le sacó á salvo cuando iba á sucumbir entre un tropel de bárbaros que le tenian rendido. Tan desgraciada accion hizo necesario tratar con el de Granada para evitar mayores males; mas como este pusiese por condicion primera de todo acomodamiento la entrega del castillo y plaza de Tarifa, ofreciendo en cambio otros 22 castillos, 20,000 escudos y adelantado el pago del tributo de cuatro años, entrega á que con todas sus fuerzas se opuso el de Guzman, aun cuando la aconsejaba y apoyaba don Enrique, lejos de acabarse la guerra, vinieron los Moros con sus fuerzas sobre la plaza. Todo quedó sin embargo en amago, retirándose los de Granada, y como de allí á poco murió su rey, sucediéndole Mahomed Albamar, que era ciego, se ahuyentó el peligro que la enemistad y conocido valor del rey difunto hacia temer, y merced á la constancia de Alonso Perez, Tarifa quedó por el rey. Temeroso don Enrique de no poder conjurar el nublado que se agolpaba con tales antecedentes sobre su cabeza, y de perder el

gobierno y tutela que ejercia en participacion con la reina, cuyo partido y reputacion se acrecia cada dia, y atendiendo además á que, sin embargo de tener ya el rey 17 años, se dejaba en todo guiar por la influencia y consejos de su madre, sin pensar en tomar por sí las riendas del Estado, se propuso echar mano de la intriga para desunirlos y apoderarse así esclusivamente del mando, prevalido de la inesperiencia del monarca. Insinuándose para ello en el ánimo de don Fernando por medio de las mas rastreras lisonjas y adulaciones, y encomiando hasta no mas su talento y disposicion para gobernar, atacó al fin su amor propio, diciéndole era mengua que de tal modo y á su edad estuviese servilmente sujeto á la voluntad de una mujer; que su madre no hacia mas que intrigar para prolongar su esclavitud y gobernar á su solo arbitrio; que este despojo de autoridad por todos tachado, se legitimaba por doña María, pretestando incapacidad para gobernar por parte de su hijo; en fin, que si no sacudia tan vergonzoso yugo, llegaria un dia en que quisiese y no pudiese librarse de él. Las repetidas muestras de amor que de su madre habia recibido, la conservacion de su inseguro trono, á pesar de los recios embates que habia sufrido, debida únicamente al desvelo y esfuerzos heróicos de doña María, y la abnegacion de esta en el mando y en todo cuanto se rozaba con su interés personal, debieran haber sido otros tantos títulos, á mas del de madre, á la gratitud eterna de don Fernando y salvaguardias contra toda sospecha que tendiese á empañar en lo mas mínimo el noble proceder, la reputacion inmaculada de la gobernadora. Pero sordo el rey á la voz de su corazon, que le decia ser todo una grosera calumnia, dió placenteros oidos á las lisonjas cortesanas y atencion á las calumniosas inculpaciones de don Enrique. Entregóse de todo punto en manos de este, y cediendo á sus sugestiones, se alejó de su madre, partiendo á visitar el reino de Leon en compañía de Lara y del infante don Juan. Un acontecimiento que cediendo en prez y gloria de la recta administracion de doña María habia de desengañar al monarca, vino á robustecer las calumnias de los cortesanos, que le dieron la interpretacion torcida que á sus planes convenia mejor. El rey convocó en 1303 Cortes de los Leoneses para Medina del Campo, y casi todos los concejos al ver la convocatoria solo en nombre del rey, enviaron diputados á la reina madre, asegurándola que no concurririan si ella no lo mandaba, adelantándose la misma villa de Medina á ofrecer que cerraria sus puertas al rey y á su corte. Semejantes ofertas habrian hallado sin duda acogida en otra alma menos noble y menos grande que la de doña María; pero en la de esta señora, por mucho que le doliera la indisculpable ingratitud de su hijo, tenia mas cabida el amor que le profesaba y el bien y tranquilidad de los pueblos, que los mezquinos halagos de una venganza que se avenia muy mal con sus generosos sentimientos. Lejos, pues, de dar su nombre á los descontentos y autorizar con su aquiescencia tales desmanes, se opuso á todo acto que tendiese á menoscabar la autoridad real y accedió á ruegos de su hijo á concurrir personalmente á la asamblea. Pero los execrables manejos del infante don Juan y la desmedida ambicion del de Lara hubieron de indignar de tal modo á los diputados, que se habrian retirado á sus casas á no haberlos contenido con su prudencia la reina, á quien en tanto achacaban aquellos próceres planes de traicion y alianza entre su hijo y el de la Cerda, que denunciaban al rey. La política aconsejó por entonces, como un medio desesperado, el que la reina aceptase la union que don Enrique le ofreció de sus respectivos partidos para contrarestar los del de Lara y don Juan, y valiéndose estos de ello, supieron indisponer de tal manera al rey con su madre, que se prestó á cuanto de él quisieron exigir. Todo amagaba un guerra civil sangrienta, que ni aun la influencia y pacífico carácter de doña María podia atajar, cuando ocurrida la muerte del infante don Enrique en Roa, halló cabida la idea que antes habia propuesto infructuosamente la reina, de poner en manos de árbitros la decision de las diferencias que habia entre el rey y los Cerdas, el de Aragon, los Haros y Laras. Contrájose por parte de todos el oportuno compromiso en Calatayud después de varias contestaciones, corriendo el año de 1324, y nombrados jueces árbitros para lo de Aragon y Castilla el rey de Portugal, el infante don Juan y el obispo de Zaragoza, se acordó que el rio Segura sirviese de límite entre ambos reinos, con lo que se avinieron los respectivos monarcas, ratificándolo en el Campillo el dia 9 de agosto. En cuanto á las pretensiones de don Alonso de la Cerda, de que fueron jueces los reyes de Aragon y de Portugal, se mandó en la sentencia arbitral que don Alonso dejase de nombrarse rey, que restituyese todas las plazas y castillos de que se habia apoderado, y que en indemnizacion se le diesen los estados de Alva de Tormes, Béjar, Valdecorneja, Gibraleon, Val de Manzanares, Puebla de Sanabria, Lemos y otras varias posesiones y heredamientos de entidad, que constituian un riquísimo infantazgo, cuyas rentas habian de llegar á 500,000 maravedís, quedando obligado el rey de Castilla á completar esta suma, caso que con lo asignado no se cubriese; y por último, que don Alonso no usase de las armas acuarteladas de la casa real, sino variando el sitio de los leones y demás figuras que campean en ellas. Con esto y haberse decidido tambien en favor de don Juan las diferencias con el de Haro, y subido á la privanza el infante, lució para Castilla la aurora de una nueva era de sosiego y tranquilidad. Quiso el rey aprovecharse de ella, y sabedor de la discordia en que se hallaba envuelto el reino de Granada, cuyo rey Aben-Hamar, ciego y sin recursos estaba supeditado por su cuñado Ferraen, señor de Málaga, y el arraez de Almería, que casi le habian usurpado el trono, se concertó con el de Aragon para invadir el territorio granadino, procediendo de acuerdo á sitiar el uno á Algeciras y el otro á Almería, que eran las plazas mas importantes para los Africanos, como que por ellas tenian libre entrada en la península. Llevaron á efecto los Castellanos el cerco de Algeciras, que se formalizó el 27 de julio de 1309, y los Aragoneses se presentaron ante Almería á mediados del siguiente agosto. Pero tras largos meses de porfiada lucha por una y otra parte señalados hechos de armas, rebatos y refriegas con fortuna varia, vióse precisado el de Aragon á levantar el sitio; y el de Castilla, abandonado de casi toda su gente por las torpes intrigas del infante don Juan, hubo tambien de retirarse, aunque con la ganancia de Gibraltar, que á bien cara costa habia obtenido, perdiendo en aquella campaña al noble y esforzado don Alonso Perez de Guzman, Honor y prez de los caballeros castellanos, envidia de los estraños y terror de los enemigos fué tanto mas notable el espectáculo de sus virtudes que con tanta justicia le captaron el dictado de Bueno, en cuanto á que la prostitucion de costumbres, la falta á los mas sagrados juramentos, la rebelion, la intriga y sed de oro y honores eran en aquella azarosa época tan comunes, que casi no imprimian mancha ni deshonor. La vida toda de Guzman el Bueno es un modelo de virtud y de heroismo, y desde sus primeros años al través de las oscilaciones y disturbios que hubo en los reinados de don Alonso, don Sancho y don Fernando, ni una vez sola se apartó del sendero del honor, ni una desdijo su noble cuna, nada hizo que no hubiese arreglado á justicia, nunca desmintió su fidelidad acendrada, ni la mas leve mancha empañó su conducta. En Castilla y Marruecos, en Tarifa y Sevilla, en la paz y en la guerra, siempre fué leal y valiente, tan cumplido caballero como esforzado campeon. Murió como habia vivido, defendiendo á su patria y su rey; y esta desgracia que llenó de luto á toda la monarquía, arrebató á los 52 años de edad al paladin mas apuesto de Castilla, cuyo nombre será siempre un título de gloria para el suelo español en que nació. Su última hazaña fué la toma de Gibraltar, que defendido obstinadamente, hubo de rendirse al fin, no pudiendo resistir el daño que á los defensores causaba una torre que hizo levantar Guzman y que domina las murallas, entrando en la plaza los cristianos después de estar ocupada por los Moros durante quinientos años. Don Alonso pereció después en una salida que hizo contra los Bárbaros que inquietaban el campo de Algeciras, quedando muerto en la accion cuando los ahuyentaba, atravesado por las flechas que le dispararon en los desfiladeros de la serranía de Gaucin. Levantóse, como queda dicho, el cerco de Algeciras, mas no sin capitular que los Moros restituyesen las villas de Quesada y Bedmar, y pagasen 40,000 escudos para los gastos de la guerra, con lo que desembarazado el rey, partió para Burgos á efectuar las bodas de su hermana, y castigar con el mayor rigor la defeccion del infante don Juan, que con abandonar el campo y sus intrigas habia sido causa principal del malogro de la embestida sobre Algeciras. Hubo de tener el culpable noticia de tales intentos, aun cuando el rey procuró tenerlos secretos y huyó el peligro, que desapareció después por mediacion y á instancias de la reina madre y de varios obispos que consiguieron sus indultos, de que por ningun título era el infante merecedor. Los últimos años del reinado de don Fernando se señalaron con dos hechos notabilísimos, de los que el uno conmovió á toda la cristiandad, y el otro dió largo pábulo á la supersticion. Fueron estos la proscripcion de la órden del Temple y enjuiciamiento de sus caballeros y el suplicio de los Carvajales, hechos ambos que merecen referirse con alguna detencion. La órden del Templé, que habia tenido su orígen en medio del mas fervoroso ardor de las cruzadas y por objeto la defensa de la Tierra Santa, habia llegado á tomar tal incremento en todos los países cristianos, aun después de que con la pérdida de San Juan de Acre se acabó el poder de la cruz en la Palestina, que su preponderancia, riquezas é influencia habian llegado á hacer sombra al trono y suscitado el recelo de los monarcas, la envidia de los magnates y el deseo de apoderarse de sus cuantiosos bienes. Escarmentados por lo sucedido en Prusia con los caballeros teutónicos, que pobres y exhaustos de medios se habian arrogado todo el poder, tramábase una sorda intriga que diese fin á tan poderosa órden. Obstáculo y no pequeño era para conseguirlo frente á frente el mucho influjo que tenian los templarios, en razon al gran número de vasallos y recursos que estaban á su disposicion, y á tener en su poder los castillos mas fuertes y bien pertrechados, cuya defensa se doblaba con el indomable valor de tan hazañosos adalides; pero habiendo dado pábulo al sordo encono que contra la órden se alzaba, el orgullo, los desmanes y aun delitos de algunos caballeros, encono que cundió hasta en las clases mas ínfimas, una vez puesta en juego la supersticion que les achacaba la práctica de la magia y los mas escandalosos sacrilegios, ya no fué posible contener el golpe que antes que nadie dió el rey de Francia Felipe el Hermoso, arrancando al papa en 1308 una bula en que mandaba enjuiciar á todos los templarios y secuestrarles todos sus bienes. Sangrienta y ruda la persecucion contra ellos en Francia, donde el rey era el principal interesado en perderlos, no lo fué tanto en Aragon y Castilla, á pesar de que prevenidos por la catástrofe del vecino reino, se hallaban los caballeros apercibidos y se defendieron en varios de sus castillos. Pero vencidos en Aragon y capitulando en Castilla, hicieron entrega de todos sus bienes, fortalezas y señoríos, compareciendo en 1310 ante el concilio reunido en Salamanca, para donde los habia emplazado el arzobispo de Toledo, compuesto de los obispos de Lisboa, La Guardia, Zamora, Ávila, Ciudad-Rodrigo, Plasencia, Mondoñedo, Astorga, Tuy, Lugo y el arzobispo de Santiago. El proceso no pudo menos de patentizar la falsedad de los cargos de magia, sacrilegio, irreligion y demás delitos que á la órden se achacaban, y el concilio en su vista hubo de absolverlos solemnemente, declarándoles buenos caballeros y fieles católicos, reservando sin embargo la final determinacion al sumo pontífice. Parecia que la sentencia de varones tan entendidos y respetables habia de servir de algun peso al decidirse la suerte ulterior de toda una corporacion, cuyos antecedentes eran tan gloriosos; pero obcecado, ó mas bien amedrentado por Felipe, el papa Clemente V que presidió el concilio reunido en Viena del Delfinado, abolió y proscribió la órden del Temple en todo el orbe cristiano. En virtud de esta decision se apoderó el rey Fernando de cuantos bienes poseian los templarios en Castilla, haciéndose así dueño de multitud de pueblos y fortalezas que le prestaron mucha fuerza para tener á raya las continuadas demasías de los magnates. Si bien en este acto desobedeció la sentencia dictada en el concilio de Viena, por la que se mandaba dar los bienes del Temple á los caballeros de Malta, no hizo mas que atender á la salvacion del Estado y las necesidades del erario público que merecian mayor consideracion; pero en el relativo al suplicio de los Carvajales no hay paliativo alguno para su modo de proceder. Estando el rey muy enfermo en Palencia se habia cometido á la puerta de palacio el asesinato de un caballero de la familia de los Benavides, que era tenido en mucha estima por don Fernando. A pesar de las infinitas diligencias practicadas y del tormento aplicado á algunas personas, no se habia podido averiguar el matador, resultando solo algunos indicios contra los hermanos Carvajales llamados Pedro y Juan, que se habian ausentado de la poblacion. Nadie recordaba semejante hecho, cuando al ir el rey sobre Alcaudete en la primavera de 1312 á auxiliar á su hermano el infante don Pedro que mandaba el cerco, hizo alto en Martos, donde supo se hallaban los Carvajales. Lo natural y justo era el prenderlos y formarles el correspondiente juicio; pero precipitado el rey, cuyo carácter era muy iracundo, y dominado por uno de los arrebatos que ningun cortesano se atrevia á contrarestar por no verse perdido, mandó que sin oir sus descargos, sin instruir proceso, ni darles garantía alguna de las que las leyes entonces concedian, se les arrojase desde una alta peña que orilla á el pueblo y aun se eleva. Los desgraciados hermanos que apenas presos se vieron conducir al lugar del suplicio, no probado en modo alguno el crímen que se les imputaba, pedian á voces justicia, poniendo á Dios por testigo de que eran inocentes, y rogaban se les oyesen sus descargos, que así se probaria su inculpabilidad; pero sordos todos cuantos les oian por tener en mas el favor del rey que el amor y fueros de la justicia, y sordo tambien el rey á tan sentidas quejas, se verificó el suplicio, si bien antes de espirar apelaron los Carvajales de tan inhumana sentencia para el tribunal de Dios, ante el que emplazaron al rey solemnemente dentro de treinta dias. Ocurrió este lamentable suceso á ocho dias del mes de agosto de 1312, y fuera una demostracion terrible de la justicia de Dios, ó efecto de una casualidad particular, lo cual no nos cumple decir, es lo cierto que habiendo enfermado el rey en el camino y dado la vuelta á Jaen para reponerse, se le halló muerto en su cama el jueves 7 de setiembre, habiéndose retirado á ella muy contento, segun tenia por costumbre después de comer. El rey era muy entregado á los placeres de la mesa y la bebida, y aquel dia habia recibido la noticia de la toma de Alcaudete; pero la circunstancia de hacer 30 dias justos desde el en que se realizó el suplicio de los Carvajales, hizo por entonces creer que su muerte fué obra de la divina Providencia para castigo de su atropello y justificacion de los dos hermanos, y aun hoy es conocido en la historia con el sobrenombre de el Emplazado. Falleció á la edad de 24 años cumplidos, después de haber reinado 16, y dejó un solo hijo de nueve meses de edad llamado Alonso, que le debia suceder en el trono, como se realizó.

FERNANDO V, llamado *el Católico*, nació en 10 de marzo de 1452 en el castillo de Sos, junto á la raya de Navarra. Agobiado su padre don Juan II, rey de Aragon, con el peso de los años, depositó en él toda su confianza, nombrándole en 1468 rey de Sicilia. Al siguiente año casó Fernando con doña Isabel, hija de don Juan II, rey de Castilla, con cuyo matrimonio se reunieron los estados de Castilla y de Aragon. Apenas los dos esposos fueron proclamados reyes de Castilla, se vieron en la necesidad de ponerse al frente de un ejército contra el rey de Portugal que triunfante de sus conquistas de África y pretendiendo tener derecho á la corona de Castilla, por haber nombrado Enrique IV heredera suya á doña Juana, sobrina de Isabel, habia entrado en España con 20,000 hombres proclamándose rey de Castilla y de Leon. Fernando en represalia tomó el título de rey de Portugal, y salió inmediatamente al encuentro de su enemigo, á quien alcanzó en Toro, y dándole una batalla lo derrotó completamente. Fué tal el desaliento que se apoderó de don Alfonso con tamaña desgracia que no paró hasta refugiarse en Castro Nuño, donde vencido por el sueño y el cansancio del camino, le abandonaron los Castellanos, que tomando aquel sueño por indiferencia se volvieron á las banderas de don Fernando. Desbaratados así los proyectos del monarca portugués, y tranquilo ya Fernando en sus estados, puso desde luego su empeño en arrojar de España á los Mahometanos, reducidos á la sazon al reino de Granada. Abrióse la campaña en 1483 en cuya época murió Luis XI rey de Francia: Fernando envió en calidad de embajador cerca de Carlos VIII, sucesor de aquel monarca, á Juan Riveira, encargado de reclamar el Rosellon como perteneciente á los reyes aragoneses. El rey de Francia contestó de una manera evasiva, de que se desentendió el monarca español por no abandonar un momento la ardua y gloriosa empresa en que tanto él como su esposa se hallaban empeñados: sin embargo puso las fronteras en estado de defensa, apoderándose al mismo tiempo Juan de Riveira de algunas plazas de Navarra, mientras que el rey y su esposa empleaban todas sus fuerzas en abatir el orgullo de los Mahometanos. No sabemos cuál de los dos esposos se distinguió mas en la guerra; ambos iban al frente de sus tropas; ambos participaban de los riesgos y fatigas del soldado, y los dos se coronaron de gloria por el buen éxito de sus empresas contra el rey moro de Granada. Hallábase Fernando sitiando la ciudad de Ronda, su artillería habia destruido los torreones y una gran parte de los edificios; pero como los habitantes se defendiesen con valor obstinado, Fernando ofreció pasarlos á cuchillo si se resistian por mas tiempo; tomó por fin la ciudad por asalto, y cuando el rey vió aquellos valientes guerreros llenos de heridas, sus hijos llorando y sus mujeres desoladas, les permitió que pasasen á Castilla con sus familias y bienes que pudieran llevar consigo; permitiéndoles además el libre ejercicio de su religion; la misma bondad usó en las plazas que como aquella se resistieron. Sin embargo poco faltó para morir asesinados don Fernando y su esposa en el sitio de Málaga. Uno de los prisioneros que habia hecho pidió con reiteradas instancias ser presentado al rey, bajo pretesto de descubrirle el medio de ganar la plaza sin efusion de sangre; los que le custodiaban accedieron, y entró primeramente en la tienda de una de las camaristas de la reina que en aquel momento estaba jugando al ajedrez con el príncipe de Braganza; el moro tomándolos por Isabel y Fernando, arrojó su cimitarra al príncipe y le hirió en la cabeza; pero los sol-